

## HACIA UNA CARACTERIZACIÓN DEL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA (PRD)<sup>1</sup>

No tengo la intención en este sitio de llevar a cabo un examen exhaustivo del PRD, ya que el ideario de este partido, deslindado desde su nacimiento de la concepción socialista, se halla, como el PRI y el PAN, fuera del tema que aborda este texto<sup>2</sup>. Pero sí me voy a referir a él porque en este instituto desembocaron, además del PMS –que no era sino el viejo PCM sometido al maquillaje de su “modernización”-, un buen número de organizaciones que se decían inspiradas en los principios marxistas que se aglutinaron alrededor de la corriente neocardenista desgajada del PRI. Y también voy a hacer referencia a este partido –que se autoconsidera “de izquierda”- porque algunos de sus integrantes –sobre todo en su inicio- se

---

<sup>1</sup> Este texto fue escrito en el año de 2011. De entonces a ahora (agosto de 2014) han ocurrido un buen número de hechos que han modificado en alguna medida las tesis que se desarrollan en él. Cuando sienta la necesidad de corregir, matizar, actualizar algún planteamiento lo haré al pie de página.

<sup>2</sup> Se trata del último capítulo del libro “La idea del socialismo en México”, el cual es una de las partes de *La idea del socialismo en la historia*. [http://enriquegonzalezrojo.com/titulos.php?pageNum\\_rs\\_titulo=1&totalRows\\_rs\\_titulo=33&ct=6](http://enriquegonzalezrojo.com/titulos.php?pageNum_rs_titulo=1&totalRows_rs_titulo=33&ct=6).

imaginaron ingenuamente que el PRD no sólo estaba enfrascado en la lucha por crear un régimen que tuviese como su prioridad rescatar la soberanía de la nación, eliminar el modelo económico neoliberal y su fábrica de indigentes, democratizar la práctica electoral, combatir el corporativismo, etc., sino que tenía también como objetivo generar una formación social que fuese un régimen de transición al socialismo.

¿Por qué nació el PRD? Como se ha dicho muchas veces, la revolución mexicana no fue obra de un partido<sup>3</sup> sino que ocurrió al revés: ella fue quien, en tiempos de Calles, generó su propio partido: el PNR. Este partido tuvo diferentes “reencarnaciones”. El PNR, creado en 1929 por el régimen callista, se transmutó en PRM en tiempos del general Cárdenas, y el PRM se transformó en PRI en el sexenio alemanista. Los nombres del partido oficial no eran indiferentes a su contenido. Las dos primeras designaciones aluden sin medias tintas a la revolución. El partido generado por dos décadas de revolución era un partido revolucionario, destruir los residuos pre-

---

<sup>3</sup> De una organización política nacional que cohesionara y encabezase a ese plexo de movimientos dispares que conformaron la revolución.

capitalistas, independizar a la nación del imperialismo, crear el mercado interno, etc. La diferencia entre “nacional” y “mexicano”, implica sólo diferencias de matiz. La designación de partido *nacional* revolucionario es una nominación topológica: se refiere a un lugar del planeta, es un término que alude a lo largo y lo ancho de nuestro país. El nombre del partido de la revolución *mexicana*, hace referencia a los pobladores de la nación, al mexicano orgulloso de la soberanía nacional. La tercera designación –elaborada en tiempos del alemanismo- presenta un cambio cualitativo respecto a las denominaciones precedentes. Los atributos de *nacional* o de *mexicana* no modificaban la esencia de lo revolucionario; pero la calificación de *institucional* sí lo hace, ya que alude al hecho de que la revolución ha creado sus instituciones y a que las proclamas de cambio han de irse modificando y asociando con las ideas de estabilidad y conservación. Pero una *revolución institucional* es una contradicción en los términos: lo revolucionario no es institucional, lo institucional no es revolucionario. Respondiendo a su contradictoria denominación, el PRI, fue un partido que a veces ponía el acento en lo

“revolucionario” en detrimento de lo institucional y otras lo hacía en lo institucional en perjuicio de lo revolucionario. En esta tensión entre las dos líneas, y en un complejo flujo de avances y retrocesos, lo conservador fue ganando terreno a lo revolucionario, la política progresista fue eliminada, el antiimperialismo fue convirtiéndose en cosa del pasado y el autoritarismo político y el corporativismo sindical se incrementaron de manera palmaria y asfixiante. De Ávila Camacho a López Portillo hay una complejísima historia que no voy a tratar aquí, y en que, a pesar de las dos líneas en confrontación hay un sustrato ideológico fundamental: la ideología de la revolución mexicana. Todos ven en el nacionalismo revolucionario la ideología definitoria. Pero, al terminar su gestión presidencial López Portillo, y dejar a sus espaldas la nacionalización de la banca, las cosas empezaron a sufrir un cambio vertiginoso. De la Madrid y Salinas producen una especie de golpe de estado incruento al interior del Estado y del partido oficial, convierten el neoliberalismo en política económica del régimen y expulsan a la revolución mexicana del poder.

De los artículos, ensayos y libros sobre el PRD probablemente el más significativo es el texto *Apuntes para el camino. Memorias sobre el PRD* de Rosa Albina Garavito Elías<sup>4</sup>. Es un libro que tiene la triple virtud de ser reflexivo, crítico y propositivo. Es un escrito que surge, a manera de autognosis, de las entrañas del PRD. De la lectura cuidadosa de estos *Apuntes* se deduce, a mi entender, la sorprendente tesis de que el PRD adolece de *irrealidad histórica*. La autora no emplea esta terminología revueltista; pero ella –militante del PRD hasta su renuncia– llega a conclusiones similares respecto a su partido a las que accedió Revueltas en relación con el PCM. Veamos algunas afirmaciones de Garavito Elías que me llevan a la idea de que, para ella, el PRD existe fácticamente, pero no es *real*. Escribe nuestra autora: “Pareciera que el partido que nació el 6 de julio de 1988 no tiene remedio. Cuando gana no se da cuenta y cuando pierde no lo reconoce. Ha entrado a una especie de limbo”<sup>5</sup>. Es necesaria “una sólida y confiable organización de izquierda, moderna y democrática. El PRD no lo es, no quiso serlo, o sencillamente no pudo serlo. No sé si estemos

---

<sup>4</sup> Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco y Ediciones y Gráficos Eon, SA de CV, México, 2010.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 449.

presenciando su fractura inminente; lo dudo, porque mientras la franquicia siga dando utilidades, por encima de cualquier ruptura predominará el interés del reparto. De lo que estoy segura es de que somos testigos de su extinción como referente de izquierda. Así que en realidad estoy renunciando a continuar en una organización fantasma de izquierda”<sup>6</sup>. Ante estas aseveraciones, no tengo empacho en decir que Albina Garavito es al PRD lo que Revueltas fue al PCM. Como Revueltas respecto a su partido, ella no llegó automáticamente a la convicción del carácter “fantasmal” del PRD, sino que, tras de muchos años de militancia, su espíritu crítico, que se fue definiendo y envalentonándose, llegó a tan severa conclusión. Por eso confiesa en cierto momento: “Lo que no tengo muy claro es si el PRD es aún rescatable. Con esa duda he vivido desde marzo de 1999”<sup>7</sup>. Durante aproximadamente diez años –de 1989 a 1999- Rosa Albina creyó en el PRD y militó de manera decidida y sin titubeos; pero de 1999 a 2002 se le fue acrecentando una duda. ¿Qué duda? Responderé a esto con un lenguaje revueltista:

---

<sup>6</sup> Ibid., p. 632.

<sup>7</sup> Ibid., pp. 493-94.

la duda de si el PRD era *real* o no; de si era fantasmal o no; de si era rescatable (refundándolo) o no. La duda es la avanzada de la crítica. Las dubitaciones de Garavito Elías no hacían otra cosa que preguntarse si el PRD, además de existente, era necesario, de si cumplía con su propósito, de si era lo que decía ser.

Las formulaciones precedentes acerca de la inexistencia histórica del PRD –que es el punto de vista de Rosa Albina, aunque con otras palabras- no es una extrapolación artificiosa de lo que dice Revueltas. José habla, en efecto, de que *no sólo puede organizarse la conciencia comunista, sino que también puede hacerlo la conciencia burguesa*. En el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* formula en tres puntos su concepción. Asienta:

“1.La clase que representa en México la conciencia del proceso democrático-burgués del desarrollo es la burguesía nacional.

“2. La conciencia de la burguesía nacional, a lo largo de la revolución democrático-burguesa, no comparece organizada en un cuerpo de doctrina sistemático y coherente, sino que es una *organización de la conciencia* que reviste

la forma crítica de diversas parcialidades del proceso, representadas a su vez por diversos ideólogos.

“3. Como una forma parcial de organización de la conciencia, pero no como la *conciencia organizada* de la burguesía, la ideología democrático-burguesa, entonces, no puede alcanzar todavía el nivel de desarrollo que significa convertirse en esa *conciencia organizada*, o sea, en el partido de clase. Por ello, la burguesía nacional participa en la revolución como una clase sin partido”<sup>8</sup>.

Para Revueltas la revolución mexicana tuvo precursores ideológicos de la estatura de Ponciano Arriaga, Wistano Luis Orozco y Andrés Molina Enríquez; pero, antes de iniciarse, careció de un programa y de un partido que convirtiera a éste en su línea de acción. Revueltas escribe: “La circunstancia de que la revolución democrático-burguesa mexicana careciera de un sistema ideológico organizado...anterior a la lucha armada, o...que no contara con un *partido de clase*...representativo de su *conciencia organizada*, no quiere decir que también careciera de

---

<sup>8</sup> Op. cit., p. 152.



*ideólogos*”<sup>9</sup>. Dadas las condiciones objetivas del país y el estado de ánimo de las masas al terminar la primera década del siglo XX, le bastó al movimiento que se desencadenó en aquellos momentos, la presencia orientadora de un puñado de ideólogos que, tras el desmantelamiento de la dictadura porfirista, señalaba un camino de reconstrucción de las relaciones sociales. Para la *destrucción* del régimen porfirista, fue suficiente la existencia de un conjunto de ideólogos –que conformaban, podría afirmarse, la *conciencia democrático-burguesa desorganizada*–; pero para la *construcción* del nuevo sistema ya no bastó tal situación, sino que se requirió de la existencia de un partido de clase. Revueltas lo subraya de la siguiente manera: “los ideólogos democrático-burgueses constituyen la minoría dirigente de la burguesía nacional..., los representantes, en suma, de su conciencia de clase. Es aquí donde aparece la peculiaridad *real* que mencionamos: son la conciencia –y ya se ha advertido que fragmentaria– del proceso del desarrollo democrático-burgués, de una *clase sin partido*, que es la forma como comparece históricamente la burguesía nacional

---

<sup>9</sup> Ibid., p. 115.

en la revolución de 1910, hasta 1928, año en que se constituye el Partido Nacional Revolucionario”<sup>10</sup>. La revolución mexicana ya instituida, se ve en la necesidad de organizar su conciencia de clase burguesa. Pero lo hace, desde luego, con las supercherías ideológicas sin las cuales no puede sobrevivir. Por eso asienta Revueltas: “El sello que imprime la burguesía nacional al proceso del desarrollo ideológico no es, entonces, sino el de su propio mito: ella no constituye una clase determinada, sino una revolución de todo el pueblo; su programa no es el de una parcialidad social, sino el programa del país entero que se expresa en la Constitución, y su ‘conciencia organizada’ que no es otra cosa que el gobierno mismo, a través del Partido de Estado, cuyo jefe indiscutible...no es otro también que el propio jefe del poder ejecutivo”<sup>11</sup>.

Para José, todas las clases sociales pueden organizar su conciencia. La clase burguesa puede hacerlo y lo ha hecho. La clase obrera – supuestamente representada por el PCM- pretendió hacerlo, creyó que lo había realizado,

---

<sup>10</sup> Ibid., p. 151.

<sup>11</sup> Ibid., pp. 81-82.

pero cayó en un engaño de nefastas consecuencias.<sup>12</sup>

¿Por qué me atrevo a decir que el PRD es un partido *irreal* o por qué Rosa Albina hace énfasis en que aquél no tiene remedio o en que es un partido fantasmal? Se puede responder a ello: porque se halla impedido para realizar lo que supuestamente se propone llevar a cabo, es decir, la línea política y el programa que enarboló, desde su nacimiento, como el proyecto a realizar. ¿Cuál es, para Rosa Albina, este *condensado de aspiraciones* que fue la motivación esencial desde su nacimiento del PRD? Se trata, según ella, de conquistar no sólo una democracia electoral, sino una democracia participativa, la cual es definida así por ella: “Entiendo por democracia participativa un régimen político en el cual los distintos sectores y clases sociales forman parte del proceso de toma de decisiones sobre los temas fundamentales del país. Este sistema por supuesto no excluye la democracia electoral, sino que la fortalece mediante la participación

---

<sup>12</sup> Yo lo planteo de la siguiente manera: cuando el PCM suponía que estaba organizando su conciencia, *lo que estaba llevando a cabo era organizar la conciencia intelectual*. Pero dejo aquí este tema para continuar con el de la *irrealidad histórica* del PRD.

de las organizaciones sociales en decisiones sobre los temas que les competen...y en el diseño y aplicación de las políticas públicas”<sup>13</sup>. Garavito habla de dos tipos de democracia: la electoral y la participativa<sup>14</sup>. No hace referencia a un tercer tipo de democracia que completaría a las dos anteriores: la *democracia autogestiva*. No obstante ello, se acerca a esta noción cuando subraya que la política del PRD debería de incluir, además de la lucha en pro de las democracias electoral y participativa, la pugna por “un pacto social que incluya a los pueblos indígenas en tanto sujetos de derecho público y no solamente de interés público como fue aprobado por el Congreso de la Unión en el 2001”<sup>15</sup>. El reconocimiento y respeto a la autonomía de los pueblos indígenas, le parece a Garavito otro de los elementos insoslayables integradores del ideario programático de la *revolución democrática*, debido a que “la autonomía de los pueblos indios abriría las puertas a la autonomía social, a la libertad de

---

<sup>13</sup> Rosa Albina Garavito Elías, op. cit., p. 20.

<sup>14</sup> En el momento que escribió Garavito estas palabras, era comprensible la esperanza de que pudiera haber cambios electorales significativos y hasta, de ocurrir estos, pudiera fungir una democracia participativa. Ahora, después del fraude del 2006 y de la avasalladora compra de votos (MONEX, etc.) de 2012, ya no podemos contar con la misma ilusión.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 21.

asociación”<sup>16</sup>. Esta demanda de autonomía no sólo no se ha logrado –por la negativa del Congreso de la Unión- sino que, en lugar de tener en el PRD un importante promotor, ha visto cómo dicho partido, en momentos clave, ha cerrado filas con la derecha (PRI-PAN) convirtiéndose de hecho en uno más de los obstáculos para sus reivindicaciones históricas. Rosa Albina hace notar, respecto al régimen “de la transición y de la alternancia”, que “No haber consolidado la democracia electoral y haber cerrado las puertas a la democracia participativa con la negativa de parte del Congreso de la Unión a aprobar los acuerdos de la COCOPA, para los Derechos y Cultura de los Pueblos Indios, ha llevado a una regresión autoritaria en materia de libertades políticas”<sup>17</sup>. ¿A qué atribuir que la “transición democrática” –que debería de implicar no sólo la democracia electoral sino la participativa- se haya estancado y esté en riesgo de retroceder? No hay una sola respuesta a tal pregunta. Pero es innegable que uno de los factores importantes de ello, se halla en la presencia en la política nacional de un partido que dice reivindicar un nacionalismo

---

<sup>16</sup> Ibid., p. 21.

<sup>17</sup> Ibid., p. 25.

revolucionario modernizado –en que la democracia electoral y la participativa jueguen un rol esencial- y que no ha podido reorientar la vida social del país en esa dirección. ¿No ha podido o está incapacitado para hacerlo? Si se trata de lo primero y en el fondo lo que ocurre tiene que ver sólo con la dificultad de transformación, menos mal, aunque no deja de ser preocupante; pero si se trata de lo segundo, y el problema estriba en que el PRD *no puede llevar a cabo lo que se propone*, estamos ante la cuestión de su *irrealidad histórica*.

El PRD es un partido que surge a partir de una corriente (la CD) que, al interior del PRI, representa una reacción contra la cúpula dirigente, antidemocrática y neoliberal, que, desde los ochentas, se había dedicado a liquidar los principios de la revolución mexicana y, con ello, a desorganizar la conciencia de la burguesía nacional. Siguiendo los planteamientos de Revueltas, podríamos decir que el partido de Estado en México (PNR-PRM-PRI) fue un partido *real*, es decir, una agrupación que, a través de su base corporativa (CTM, CNC y CNOP), fungió como la vanguardia *burguesa* del pueblo trabajador. Pero un partido *real* no tiene garantizada su *realidad* para

siempre. Un partido real, o un partido que ha sido real hasta cierto momento, puede sufrir un proceso de degeneración y perder su carácter tradicional ante el predominio de nuevos intereses. Puede conservar su influencia social, pero ésta cambiará de signo y asumirá un contenido diferente y hasta contrapuesto al anterior. La tecnocracia salinista tiene un carácter *liquidador*: dio al traste con la *conciencia organizada* de la burguesía nacional. Esto fue posible porque en el país –lo cual tuvo su reflejo en el PRI-Gobierno- no sólo existía la burguesía nacional (que llegó al poder con la revolución mexicana), sino una *burguesía intermediaria asociada al capital extranjero*. Cuando irrumpió la globalización del capital, y sobrevino la caída del muro de Berlín, la burguesía intermediaria mexicana –y parte de la burguesía nacional, traidora y oportunista- se asoció a las transnacionales en general y al capital norteamericano (y ahora español) en particular. Se hizo cada vez más fuerte y empezó a desplazar a la burguesía nacional. En el PRI ocurrió lo mismo: los neoliberales –portavoces de la burguesía intermediaria, entreguista, modernizada- obligaron a los representantes de la burguesía

nacional a abandonar el partido oficial y, fuera de él, a intentar *organizar o reorganizar la conciencia democrático-burguesa* en una situación (1989) desde luego muy distinta a la primera ocasión en que tuvo lugar este proceso (1928-29).

Daba la impresión de que el PRD iba a ser un partido *real*, el partido de clase de la burguesía *no entreguista*. No decía su nombre. No se autodenominaba *la reencarnación del PRI populista*. Como siempre, *la conciencia organizada burguesa no puede develar su esencia*. No le es dable proclamar: soy el partido de la burguesía nacional explotadora. Tiene necesariamente que echar mano de los velos de la demagogia. Pero todo hacía pensar que la revolución mexicana había saltado del PRI al PRD, donde habría de reorganizarse y, continuar el proceso, interrumpido por los tecnócratas monetaristas, de la “revolución inconclusa”. Daba la impresión de que el PRD iba a ser un partido funcional, capaz de objetivar sus intenciones y proyectos. Tenía gente, entusiasmo, los documentos básicos, el registro que el PMS había puesto a su disposición, dirigentes y en especial, en su inicio, el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas,



presencia en todo el país, etc. Pero todo lo anterior, si no se organiza en el sentido de la conjunción armónica entre el propósito y su realización, no garantiza que un partido salte de la mera facticidad a la realidad histórica. Pongo un ejemplo. El programa es, sin lugar a dudas, uno de los ingredientes obligatorios para que un partido adquiera *existencia histórica*. Un partido con un “programa” que no recoge los intereses de la clase o las clases de las cuales pretende ser portavoz, está condenado a caer en la inoperancia política. El PRD nació teniendo programa –el cual no era otra cosa que el *idearium* modernizado de la revolución mexicana-; pero el programa no se impone por sí mismo, no atrae a las masas –como un imán- y les muestra los complejos vericuetos que hay que abordar para que su contenido reformista se realice. El programa necesita la colaboración de otras prácticas para que no se quede en un sueño con los pies de barro. El PRD es un partido *irreal* ya que, aun poseyendo –al menos en su esquema más general- un programa de acción que da sentido a su vida política, carece de los otros elementos indispensables que permitan el desempeño de ese partido en el sentido de su intencionalidad primigenia. Como

tantas cosas en el México de hoy, el PRD es un *partido fallido*. ¿A qué atribuir tal cosa y existe alguna terapia para hacerle frente a tamaña patología?

No cabe duda de que el conjunto de factores entrelazados que, desde su nacimiento, han conformado la estructura del PRD, lejos de coadyuvar a su efectividad, han sido agentes de su autodeformación. Destacaré tres elementos que constituyen uno de los ejes que nulifican u obstaculizan la operatividad del PRD y lo arrojan a la galería de los partidos fallidos. Me refiero al *caudillismo*<sup>18</sup>, la *burocracia* y el *grupismo*.

El PRD ha tenido dos caudillos de influencia notoria: Cuahtémoc Cárdenas Solórzano y Andrés Manuel López Obrador. El apotegma tradicional de que dos caudillos no pueden en general coexistir, se cumplió de manera puntual en lo que se refiere a estos políticos. CCS fue el dirigente indiscutible del PRD desde 1989 hasta el año de 2000 –en que AMLO empieza a hacer

---

<sup>18</sup> El caudillismo no es, como se ha interpretado a veces, un insulto sino una categoría social. Con este concepto se alude al individuo que ejerce –al margen de las formas que asume una agrupación- una influencia decisiva, aplastante e irrestricta sobre un colectivo subordinado a su pensamiento y su palabra.

una política independiente del ingeniero<sup>19</sup>. A continuación hay un corto período en que el PRD poseía un par de dirigentes máximos y una difícil convivencia entre dos líderes con perfiles políticos contrastantes. Un caudillo acabó por suplantar al otro. El caudillismo, en un país atrasado como el nuestro, es bivalente. Por un lado, el caudillo atrae, cohesiona, combate o neutraliza el grupismo. Por otro, sustituye a la base por la dirección y a la dirección por el líder influyente y carismático. Aludiendo al primer aspecto, Garavito Elías escribe: “Con Cuahtémoc Cárdenas Solórzano a la cabeza, es evidente que esta corriente tiene el fuerte peso del liderazgo de quien la encabeza, y la peculiaridad sumamente importante en un partido que en realidad es una federación de grupos, de colocarse por encima de los intereses de esos pequeños grupos. Esa característica le viene a CCS de la autoridad moral que propios y extraños le reconocen de haber llevado una lucha sin tregua contra el régimen ilegítimo de Carlos Salinas y de haber encabezado el

---

<sup>19</sup> La disensión entre el “caudillo dominante” y el “caudillo emergente” aparece y se consolida cuando Cárdenas lleva a cabo su tercer intento de acceder a la Presidencia de la República y López Obrador –que ha dejado la dirección del PRD en 1999- pugna por ser electo como Jefe de Gobierno del D.F.

movimiento ciudadano que emergió el 6 de julio de 1988 sin claudicaciones”<sup>20</sup>. Pero si el caudillo se coloca “por encima de los intereses de esos pequeños grupos” (o de “las tribus”, como se les llama), en la mayor parte de los casos acaba por sustituir el forcejeo inmovilizador de los grupos en pugna por el predominio avasallador de una hegemonía personal que, en casos extremos, deja incluso de ser acotada. En un momento dado, la presencia de un caudillo y la orientación emanada de su poder irrestricto, puede ser “acertada” o por lo menos parecerlo. Pero si lleva al partido por un camino erróneo y hasta si lo conduce a un despeñadero, carece la militancia partidaria de los mecanismos para impedir la situación desastrosa en que se sumerge la organización política por obra y gracia del poder del caudillo. Además de ser antidemocrático en grado extremo, el caudillismo no constituye un elemento *que garantice la realidad operativa* de una organización. En el PRD, decía, se dio en relativamente poco tiempo la suplantación de un caudillo por otro.

---

<sup>20</sup> Ibid., p.424.

Por las razones que sean, el PRD no sólo sufrió un reemplazo de caudillos<sup>21</sup>, sino que, después del fraude perpetrado contra López Obrador en 2006, las “tribus” sintieron que había llegado su hora, y después de una feroz lucha intestina entre ellas en que salió triunfante el grupo de los llamados “chuchos”<sup>22</sup>, lograron dominar el aparato burocrático del partido. La realidad es que, a nivel de dirección, *las burocracias tendieron a sustituir a los caudillos*. Esta burocracia con poder decisorio está formada de cuadros medios, en general con una amplia trayectoria política y con un afán de poder y de “desclasamiento ascendente” con las debidas excepciones. Gramsci hablaba de la disfuncionalidad inherente al partido comunista cuando los militantes subalternos –o sea los cuadros medios- se hacen del poder. La burocracia “chuchista” adopta con toda nitidez esta *subalternidad* y despliega su pragmatismo inmediatista, su oportunismo rampante, su pertinaz promoción de la *irrealidad histórica*

---

<sup>21</sup>Condicionado, como dije, por la derrota de Cauhtémoc Cárdenas como candidato por tercera vez a la presidencia de la República, y por el triunfo de López Obrador al ser elegido como Jefe de Gobierno del D.F.

<sup>22</sup> Nombre derivado de dos de sus más visibles dirigentes: Jesús Ortega y Jesús Zambrano.

del PRD, su irrefrenable tendencia a la corrupción.

Voy a abrir, al llegar a este punto, un paréntesis. Uno de los muchos conceptos vulgares que emplea la politología contemporánea<sup>23</sup> es el de *clase política*. Es un concepto que reúne en un grupo a personas que se dedican a una misma actividad: la cosa pública. Es como si se hablara de clase deportista, clase científica, clase viajera, etc. Incluso muchos marxistas hablan sin reticencias de clase política, cuando esta noción carece de *status* teórico en la interpretación materialista de la historia. Cuando, en cambio, se habla de *clase intelectual* -como yo lo hago-, ponen el grito en el cielo, consideran que se trata de una herejía y no quieren oír hablar de ello. Pero bien vistas las cosas, la llamada clase política no es otra cosa que aquella parte de la clase intelectual que –a diferencia de la académica- se dedica a la política. Es una clase que, dueña de ciertos medios *intelectuales* de producción, se entrega a la actividad política en general –la cual, ojo con ello, no es otra cosa que la *función* realizada a partir de dicha estructura. La clase

---

<sup>23</sup> Junto con “poderes fácticos”, “países emergentes”, “empleadores”, “clase media”, etc.

política es aquella área de la clase intelectual en que forman un todo cierta capacidad intelectual y un afán inocultable de poder.

La burocracia del PRD pertenece a la clase política. Sus dirigentes en casi todos los niveles son las cabezas de las “tribus”. Sus enconos y sus conciliaciones están promovidos sobre todo por los líderes de los agrupamientos y sus intereses. Aunque la “burocracia tribal” tendió a sustituir a los caudillos, no ha podido desembarazarse de ellos. Al principio unos grupos apoyaban a Cárdenas en contra de López Obrador y otros a éste en contra de Cárdenas. Después –cuando declinó la influencia de CCS- los grupos hegemónicos (los “chuchos”) siguieron su camino de componendas y conciliaciones con el calderonismo, trazaron su raya con el ingeniero y combatieron denodadamente a AMLO. Ahora mientras unos grupos siguen apoyando a López Obrador –entre otras razones por la gran influencia que éste tiene en la base del PRD-, otros tienden a cerrar filas con Marcelo Ebrard, el nuevo caudillo –de prosapia camachista- que luce en la luminaria de dirigentes perredistas<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> Influencia que se eclipsó bien pronto: al término de la gestión de Ebrard al frente de la jefatura de gobierno del D.F. Y en la actualidad, (septiembre

Pero la burocracia dominante tiene una cierta independencia respecto a los grandes líderes. En cierto sentido puede afirmarse que los caudillos son anti-grupistas y los grupos son anti-caudillistas. Cárdenas habla de la necesidad de “superar los conflictos y confrontaciones surgidos del predominio, en las decisiones partidarias, de los intereses de *las corrientes* y aún más que de éstas como colectivos, de sus dirigentes en lo individual o como grupos copulares”<sup>25</sup>. Las corrientes –y más que nada los “chuchos”- presentan su embate contra los caudillos, no como la necesidad del grupismo de actuar sin los estrechos límites que el caudillismo les impone, sino como una lucha por la democratización del partido.

La organización popular del PRD es precaria y asimétrica. Aunque al interior del partido –y en sus estatutos- siempre se ha hablado de la necesidad de que su fundamento organizativo debe estar conformado por *comités de base*<sup>26</sup>, a más de 20 años de su fundación son

---

de 2014) vuelve a hablarse, sin que ello sea seguro, de Cárdenas como posible presidente del PRD.

<sup>25</sup> Cuauhtémoc Cárdenas, *Sobre mis pasos*, Aguilar, México, 2010, p. 481.

<sup>26</sup> A los que, dada la política fundamentalmente electoral del PRD, se concibe más como agrupaciones de vecinos o militantes que como organizaciones de trabajadores de un mismo centro ocupacional.



minoritarios. El partido no se ha empeñado en realidad en crear una plataforma nacional de organismos de base, y mientras en ciertas partes de la República hay colectivos infra-municipales, en otras son municipales o supramunicipales y hasta estatales. Cuando no hay comités de base, se agrupan en organizaciones más o menos amorfas, miembros de la clase política y sus seguidores, conformando las tribus que no sólo han perjudicado al PRD, sino que son factores que impiden la toma de conciencia y la superación de la *inoperancia histórica* del PRD. Ninguno de los dirigentes de este partido se ha dedicado a crear comités de base a nivel nacional, como, al parecer, lo ha hecho López Obrador con las unidades municipales y territoriales que conforman el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena)<sup>27</sup>.

Los estatutos del PRD guardan una gran similitud con los de cualquier agrupación verticalista que se preocupa por ocultar su centralismo; hablan de democracia, asambleas representativas, participación de la ciudadanía

---

<sup>27</sup> El propio AMLO no impulsó una acción organizativa de este tipo cuando estuvo al frente del PRD. Y los comités que está generando en la actualidad a lo largo y a lo ancho del país se están orientados a una lucha puramente electoral.

en ciertas prácticas de la organización, permanente pugna por la unidad del PRD (y de la “izquierda” en general), reforzamiento de la legalidad y lucha contra la corrupción. Pero la *esencia* de este partido –en su funcionamiento real- es la *heterogestión*, la negación en todo y por todo de la autogestión. Si esta última consiste en ir de abajo arriba y de la periferia al centro<sup>28</sup>, la agrupación heterogestionaria consiste en ir de arriba abajo y del centro a la periferia. El predominio del caudillismo y/o del de la burocracia son una clara manifestación de ello. El sojuzgamiento de la base por la clase política representa otro tanto. La lucha entre las diversas tribus, lejos de ser una manifestación de la democracia, es el choque de diferentes grupos heterogestionarios en búsqueda de cotos de poder en el partido y fuera de él. Sin entrar en detalles, la característica de esta forma (heterogestionaria) de organización interna y sus estatutos, consiste en realizar congresos o asambleas que presentan el triple carácter de ser *deliberativos, resolutivos y electivos*. No es una forma de organización nueva: es la manera tradicional que tienen los partidos y las agrupaciones verticalistas de hacerlo. Si una

---

<sup>28</sup> en que el abajo controla al arriba y la periferia fiscaliza al centro.

asamblea no sólo es deliberativa y resolutive, sino también electiva, si no sólo discute tal o cual tema y se ve en la necesidad de tomar una decisión, sino asimismo elige o reelige a la dirección, *la racionalidad del debate y la pertinencia de los acuerdos es distorsionada por la lucha faccional de los individuos y las corrientes por el poder*, lo cual redundará en perjuicio de los principios, el programa y la actividad de la organización. Los estatutos del PRD están hechos a modo por un partido heterogestionario integrado por grupos heterogestionarios. Si se hace una radiografía de lo que es, en general, un congreso del PRD – como el de otras muchas asociaciones verticalistas- se puede afirmar que es una reunión hecha ex profeso para delinear jerarquías, desigualdades y centralizaciones. Si se examina el contenido de la convocatoria, el cumplimiento o no de la misma, el carácter del mayor número de los integrantes o del quorum de la asamblea, el tiempo de las intervenciones, la forma de la discusión –cuando la hay- el modo en que se toman acuerdos y, sobre todo, la manera en que se elige a la nueva dirección<sup>29</sup>,

---

<sup>29</sup> ya sea por la hegemonía de una de las tribus (por ejemplo Nueva Izquierda) o la negociación “por cotos de poder” entre la clase política de

es necesario concluir que se trata de una forma organizacional diseñada para perpetuar el verticalismo y sabotear la verdadera unidad que requeriría un partido con realidad histórica. En estas condiciones, dado que en él hay un predominio del ansia de poder sobre la reflexión teórica, el PRD no puede prescindir del pragmatismo y la política electoral inmediata. El pragmatismo no sólo es el olvido de los principios y la estrategia que son o deberían de ser la columna vertebral de la organización, o el desdén a la necesidad de renovarse programáticamente, aprender de los errores y adecuar la táctica a las circunstancias en permanente cambio, sino uno de los síntomas de la *irrealidad histórica* del PRD. El pragmatismo es la ideología de la clase política perredista. Los grandes objetivos –reinstalar la ideología burguesa nacional en el poder– son inhibidos a favor de las pequeñas conquistas (puestos de representación popular, etc.) que benefician no al PRD como opción de cambio, sino al carrerismo inocultable de algunos capitostes de los agrupamientos tribales. El problema del PRD no es sólo que haya

---

los diferentes grupos (Nueva Izquierda, Izquierda Democrática Nacional, Alternativa Democrática Nacional, etc.).

privilegiado la democracia electoral sobre la democracia participativa y otras modalidades de democracia real, sino que muestra cada vez de manera más evidente que incluso en la actividad meramente electoral hace visible su inoperancia, yendo de más a menos, en una situación en que –dado el desprestigio del PRI y del PAN en amplios sectores de la sociedad– podría el PRD jugar un papel opuesto al que está jugando<sup>30</sup>.

En toda disputa aparecen cuando menos dos contendientes: proletariado y burguesía, en la lucha anticapitalista; burguesía nacional y burguesía neoliberal, en la lucha democrático-burguesa. Así como en el movimiento ferrocarrilero de fines de los cincuenta, la dirección del PCM culpaba de la derrota obrera al Estado burgués y su represión “inusitada”, con lo que eximía de cualquier responsabilidad a los partidos comunistas (PCM y PO-CM) que ejercían una evidente influencia en el sindicato, también predomina en los dirigentes del PRD la idea de que sus fracasos y su decadencia se deben más que nada a las tropelías del Estado. La invariable actitud de los partidos *irreales* de

---

<sup>30</sup> En estas últimas frases se nota la falsa esperanza que tuvimos en ese momento (vísperas de la última elección presidencial, 2012).

echarle la culpa al enemigo de sus incapacidades cotidianas y hasta de su inoperancia histórica, reaparece en el PRD. Esto no quiere decir que el enemigo –los gobiernos priísta y panista- no haga su trabajo reaccionario y antipopular; pero la acción golpadora y hasta delictiva del gobierno no debe nunca enceguecer a la oposición de sus faltas de previsión, errores, oportunismos y malformaciones.

La lucha electoral es importante; la pugna denodada en contra de la forma desigual e inequitativa en que tiene lugar por lo común ésta, tiene que ser persistente y sin desmayos; es insoslayable hallarse preparado, con anticipación a los hechos, para la política defraudadora de la derecha y la consecuente decisión de defender el voto con formas enérgicas de lucha (como la desobediencia civil, etc.) es fundamental tener claridad de qué es lo que ha de hacerse cuando se dé, porque se va a dar, el fraude de Estado. Pero la lucha electoral no es todo y su absolutización es un síntoma de la *irrealidad histórica* de un partido<sup>31</sup>. El peligro de un partido de oposición

---

<sup>31</sup> Aunque en estos párrafos se atisba ya la inutilidad de la lucha puramente electoral en nuestro país, para no hablar de otros, no se va todavía al fondo de la cuestión: la imposibilidad de acceder al poder, ya no digamos los de

—y con mayor razón de un partido anti-capitalista— es el cretinismo parlamentario propio de la democracia representativa. Tanto la pugna electoral (en que se eligen los representantes públicos del poder ejecutivo y del poder legislativo en los tres niveles de gobierno) cuanto el funcionamiento regular de estos poderes, están diseñados de cabo a rabo para que la burguesía intermediaria produzca y reproduzca su poder. Ignorar esto es caer en la ingenuidad o el oportunismo. No obstante “las izquierdas” —como suele decirse— deben participar en la contienda electoral, a sabiendas de su contenido enajenado, ya que, en las actuales circunstancias, no puede de ninguna manera despreciarse ese frente de lucha<sup>32</sup>.

La *realidad histórica* de un partido —sea burgués o “socialista”— se manifiesta en la

---

abajo y a la izquierda, sino tampoco los defensores de los intereses de la burguesía nacional y del capitalismo “civilizado”.

<sup>32</sup> La manipulación que de las elecciones “hace el poder político del capital responde a una necesidad propia de su interés de clase y nunca dejarán de hacerlo a menos que sean obligados a ello, pero para las clases y los sujetos subalternos y para la izquierda organizada no es sino un frente de lucha más que no podemos abandonar por la antipatía que nos suscite, por las dificultades y los peligros que nos genera”, Rosa Alvina Garavito, *Ibíd.*, p. 77. En la actualidad (agosto de 2014), ya no es dable seguir sosteniendo la ilusión de un posible cambio estructural por la vía del voto, ya que, desde el momento en que un partido reaccionario llega al poder, *prepara, de manera “científica”, las condiciones electorales de su perpetuación*. Situación ésta que la izquierda debe tener presente para su lucha por la transformación social.

formulación teórica y la realización empírica del *plexo de prácticas* indispensables para acceder a la finalidad que se propone. Si un partido no realiza este conjunto de acciones *indispensables* para dar cuerpo a su finalidad, si lleva a cabo ciertas tareas pero otras no, o si, como en el caso de la lucha electoral, exalta una práctica hasta la hipertrofia en detrimento de las otras, deviene ineficaz. El concepto de *realidad histórica* de una organización política no debe interpretarse de manera perfeccionista, como si estuviese dotada de manera óptima de todas las cualidades imaginables, sino como la agrupación, debidamente vinculada a las masas, que echa a andar los elementos indispensables para sacar de la historia o por lo menos del poder a su clase adversaria. Por eso un partido con realidad histórica es un partido-destrucción. El PCUS era un partido *real* porque supo y pudo derrotar al capitalismo privado, independientemente de lo que haya sucedido después. La revolución mexicana (su sector democrático-burgués) era un proceso *real* —y después, con el PNR, un partido *real*—, porque logró vencer al sistema político porfirista. Si tomamos en cuenta esta sinonimia entre partido-destrucción y partido real, tenemos que



convenir en que el PRD no es, como quiera que se le vea, un partido real.

Si unimos los elementos enlistados: caudillismo, burocracia, tribus, precaria existencia de comités de base y organización asimétrica y desbalanceada, amén de estatutos centralistas heterogestionarios y principios y programa rebajados por el pragmatismo, el electorerismo y el oportunismo, caemos en cuenta de por qué el PRD es una agrupación partidaria que no sólo ha cometido y sigue haciéndolo errores y prácticas internas y externas que lo alejan de la simpatía de sectores importantes del pueblo, sino algo peor y más drástico: *está incapacitado para actuar correctamente en armonía con los propósitos con que nació y el ideario que pretende llevar a cabo*. A esto es lo que llamo, parafraseando a José Revueltas, la *inexistencia histórica del PRD*. Un partido irreal existe físicamente, está allí, tiene tantos diputados, senadores y gobernadores, está relativamente “en el poder” en los diferentes niveles de gobierno, puede acertar en ciertos aspectos como errar en otros, pero está incapacitado para cambiar radicalmente el escenario actual y llevar al poder a la clase social de la que es representante o que conduzca dicha clase a

reconquistar el poder que, con el golpe de Estado intrapartidario del neoliberalismo en el PRI, se le fue de las manos.

Todo hace pensar que el FDN primero (en 1988) y el PRD y sus aliados después (en 2006) ganaron las elecciones para la presidencia de la república. Y también que en ambas circunstancias la maquinaria estatal (del PRI en el primer caso y del PAN en el segundo) echó a andar un fraude espectacular cuyas consecuencias estamos padeciendo todavía. Conviene asimismo anotar que ni en el primer caso, ni en el segundo, la “izquierda” separada del PRI y la “izquierda organizada” del PRD, estaban preparadas para defender su triunfo, desenmascarar la política defraudadora del Estado e impedir que el enemigo ocupara el lugar que les pertenecía. En esos dos momentos clave de la historia moderna del país, la “izquierda” evidenció que, aun teniendo una fuerza social mayoritaria expresada en las urnas, no era un partido-destrucción, ya que no supo dar con las prácticas adecuadas para cambiar las cosas y no dejarse arrebatar el triunfo. Claro que un partido *real* puede tener reveses, errores, fracasos; pero sosteniendo el plexo de prácticas que le confiere su carácter

específico, ha de aprender de los errores, resanar las heridas y volver con mayor experiencia a la lisa política. No es el caso, me parece, del PRD, el cual, después de la usurpación de la presidencia por Felipe Calderón, inició una etapa donde se fue evidenciando poco a poco y como nunca su *irrealidad histórica* y en que la burocracia “chuchista”, en nombre de una izquierda moderna, se alió de hecho, en varias situaciones, con los enemigos del pueblo mexicano.

Si las tribus del PRD cerraron filas con AMLO cuando ello las favorecía -¡y vaya si les favoreció!-, después se distanciaron de él, se hicieron eco de los planteamientos filisteos de que la actitud rijosa del tabasqueño perjudicaba al PRD y, al tiempo que incrementaron y fortalecieron su oportunismo, empequeñecieron al partido.

AMLO, sin embargo, no se rinde. Consciente de algunas de las fallas del PRD, relacionadas con la incapacidad de éste para defender el triunfo electoral, se esfuerza por realizar lo que debería de haber llevado a cabo el PRD y que no hizo: organizar comités a nivel nacional. Echando mano de cierta semejanza –y sin

olvidar que la semejanza implica también lo diferente- se puede decir que AMLO (y MORENA) es al PRD lo que en su momento fueron Cárdenas y la Corriente Democrática al PRI. En efecto, el PRI neoliberal de Salinas y compinches representaba la desorganización de la conciencia burguesa nacional. Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez, etc., salieron del PRI para rescatar la “revolución mexicana inconclusa”, organizar su conciencia y darle *realidad*. Algo semejante ocurre con AMLO. El PRD “chuchista” torna a desorganizar la conciencia, a fracturar la idea y la posibilidad de un partido-destrucción<sup>33</sup>. AMLO traza su raya con esta clase política del PRD, con el objeto de darle *realidad* a un movimiento nacionalista y revolucionario que haga a un lado a un partido, como el PRD, desfalleciente, oportunista e inoperante<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> El concepto de partido-destrucción no equivale, como se comprende, a un partido promotor de la lucha violenta. Su destructividad se refiere a su capacidad de desplazar del poder a su enemigo.

<sup>34</sup> La formación de comités de base, si bien es algo positivo, no garantiza la adquisición de *realidad histórica*. El hecho de que en MORENA no se haya combatido los elementos fundamentales de la inoperancia partidaria (caudillismo, burocracia y grupismo) nos indica que este partido puede degenerar fácilmente en un partido burgués tan irreal como el PRD.

No sé si MORENA, que próximamente se convertirá en Asociación Política<sup>35</sup>, sea el origen a la larga de un nuevo partido o continúe formando parte, ahora como asociación política, de un frente amplio de partidos y movimientos. Sin negar la importancia que puede tener este reacomodo o reorganización de fuerzas de la “izquierda nacionalista”, lo decisivo no es, sin embargo, su aspecto formal organizativo, sino la pregunta, que tiene que ver con el contenido, de si la Asociación Política MORENA, promovida fundamentalmente por López Obrador y los partidos, grupos y movimiento social vinculados con ella, están en un proceso de *organización de la conciencia*<sup>36</sup> y si lograrán convertirse en un partido *real*, un partido – usando esta palabra en sentido amplio- capaz de arrebatarse el poder a la derecha. No estoy seguro de que así ocurra; pero hay algunos indicios importantes de que la política seguida por AMLO –su firme combate contra la oligarquía financiera y política, su línea programática nacionalista y revolucionaria, su deslinde del

---

<sup>35</sup> Estas líneas están escritas el lunes 18 de julio de 2011 y MORENA anuncia que se convertirá en Asociación Política el 1º. de octubre de este año. En la actualidad no sólo se ha transformado en partido político, sino que ha sido reconocido legalmente como tal.

<sup>36</sup> Democrático-burguesa, nacionalista, enemiga del neoliberalismo.

oportunismo (de los “chuchos”, los “amalios”, etc.) y su infatigable acción organizativa- va por buen camino hacia la formación del partido de la burguesía nacional<sup>37</sup>.

**Conviene** aclarar por qué en un texto que se intitula *La idea del socialismo en México* me he detenido a examinar, con cierta parsimonia, la génesis del PRD y el relativo resurgimiento de la ideología del nacionalismo revolucionario en MORENA. Dos son las razones principales que me han conducido a ello: en primer término, la necesidad de mostrar cómo la mayor parte del movimiento socialista –con excepción del grueso de los trotskistas- se desparrama, por así decirlo, en el PRD y pierde su identidad, tema que ya traté en las páginas anteriores. En segundo lugar, el convencimiento de que resulta interesante aludir a las ideas de quienes han opinado que entre el PRD (o el lópezobradorismo) y el socialismo no hay una contradicción antagónica o, de manera más optimista aún, de que la lucha por el socialismo implica necesariamente que la derecha burguesa sea derrotada por la izquierda burguesa, ya que, de alguna manera, la *conciencia burguesa*

---

<sup>37</sup>Difícilmente puedo seguir avalando el optimismo de estas palabras en las condiciones actuales en que, como dije, no se advierte que el nuevo partido esté dando pasos seguros para conquistar su realidad histórica.

*organizada* facilita la aparición de la *conciencia comunista organizada*. Cárdenas es partidario, por ejemplo, de “la idea expresada por algunos revolucionarios, mi padre entre ellos, que al desarrollarse el proyecto de la Revolución a plenitud, se llegaría a un sistema y a una sociedad socialistas”<sup>38</sup>. Este planteamiento de entronque entre el nacionalismo revolucionario y el socialismo antisistémico ha sido planteado por muchos militantes y no deja de ser formulado en la actualidad. Arturo Ramos, por ejemplo, asienta en 2011 que es necesario “retomar, con un perfil propio y una estrategia más definida en términos clasistas, el planteamiento de un proyecto de nación alternativo al neoliberalismo y de un programa democrático de gobierno, que, sin responder plenamente a una perspectiva de transformación estructural antisistémica, sí podría cimentar hoy el camino para su construcción en el mediano y largo plazo”<sup>39</sup>. Estas ideas que vinculan la revolución mexicana “llevada a plenitud” o el “proyecto de nación alternativo al neoliberalismo” con el socialismo o la transformación social antisistémica, visualizan

---

<sup>38</sup> Cuauhtémoc Cárdenas, *Sobre mis pasos*, op. cit., p. 500.

<sup>39</sup> Arturo Ramos y María Teresa Lechuga, op. cit., p. 120.

correctamente, a mi entender, un hecho: que no hay condiciones en el México actual para acceder abruptamente al socialismo, máxime cuando hay que entender por socialismo no el sistema tecnoburocrático tradicional sino un régimen democrático y autogestivo. Pero esta concepción vinculatoria de sistemas se vuelve abstracta e irreal si no tomamos en cuenta que el carácter de las fuerzas impulsoras del nacionalismo antineoliberal y el carácter de las fuerzas impulsoras del socialismo son cualitativamente distintas. Una transformación nacionalista antineoliberal, como la preconizada por el lópezobradorismo, si no va acompañada, supervisada, presionada por una clase trabajadora independiente, no se va a transformar *motu proprio* en socialista. La burguesía nacional es enemiga, sí, del neoliberalismo imperial –y en este sentido recoge demandas populares–, pero también es adversa al proletariado (en el sentido amplio del término) y no está dispuesta a ceder su poder. Aún más, un régimen creado por la burguesía nacional, sin el contrapeso de una clase trabajadora independiente, inexorablemente *tiende a la larga a convertirse en conservadora y retomar las prácticas del capitalismo salvaje,*



y no, cambiando sustancialmente su *modus operandi*, a propiciar o facilitar la emergencia de un sistema –el socialista- donde ya no es posible explotar el trabajo asalariado, aunque los “empleadores” sean muy nacionalistas.

Pero, por otro lado, ¿la vuelta de la burguesía nacional al poder es posible hoy en día? ¿No nos hallaremos en una situación en que, como el capital se encuentra en lo esencial globalizado y la política neoliberal es promovida por las instituciones financieras, el empeño de las burguesías nacionales de volver al poder no es otra cosa que romanticismo económico? Es posible que así sea. Tengo la impresión de que la hora de las burguesías nacionales –tan importante a mediados del siglo pasado- ha dejado de sonar. Pero algo –que no es poco- podría hacerse. Si no nos es dable llevar a cabo una revolución democrático-burguesa del viejo tipo, sí es posible realizar un régimen que, con todas las limitaciones que se quiera, resista el poder del imperialismo y se proponga democratizar al país dentro de ciertos límites (como en el caso de Venezuela, Bolivia, Ecuador, etc.). Sin embargo, el problema del socialismo, del verdadero socialismo, del socialismo autogestionario y no del régimen

burocrático impostor, sigue en pie. Estos regímenes –que no pueden gestar un sistema burgués nacional pleno, pero en los que la burguesía nacional se atrinchera para defender sus intereses- ¿saltarán hacia el socialismo o acabarán por meter freno y caminar en reversa? La respuesta a esta pregunta no está en los dirigentes de esos movimientos, sino en los trabajadores que adquieren la conciencia de que la lucha contra el imperialismo y el neoliberalismo imperantes no es una garantía para brincar del mundo de la explotación del hombre por el hombre a una sociedad sin clases. Ellos y sólo ellos tienen la palabra.